

NICOLÁS ORTEGA CANTERO

Departamento de Geografía. Universidad Autónoma de Madrid

## *Romanticismo, paisaje y Geografía. Los relatos de viajes por España en la primera mitad del siglo XIX*

### RESUMEN

El entendimiento romántico del paisaje se encuentra directamente relacionado con el horizonte cognoscitivo de la Geografía moderna, cuyos iniciadores fueron Humboldt y Ritter. Los relatos de los viajeros románticos inician, en España, un modo de entendimiento del paisaje que anuncia y anticipa en gran medida las perspectivas de la consideración moderna, desarrollada con posterioridad, de la realidad geográfica española. Este trabajo precisa los fundamentos, los rasgos definitorios y la proyección geográfica de las percepciones, valoraciones e imágenes del paisaje español ofrecidas por los viajeros románticos en la primera mitad del siglo XIX.

### RÉSUMÉ

*Romantisme, paysage et Géographie. Les récits de voyages en Espagne pendant la première moitié du XIX<sup>ème</sup> siècle.-* La compréhension romantique du paysage s'avère directement rattachée à l'horizon cognoscitif de la Géographie moderne, dont les initiateurs furent Humboldt et Ritter. Les récits des voyages romantiques inaugurent, en Espagne, une manière de comprendre le paysage qui annonce et anticipe, en grande mesure, les perspectives de la connaissance moderne de la réalité géographique espagnole, développée postérieurement. Ce travail prétend préciser les fondements, les traits définitoires et la projection géographique des perceptions, valorations et images du paysa-

ge espagnol offertes dans la première moitié du XIX<sup>ème</sup> siècle par les voyageurs romantiques.

### ABSTRACT

*Romanticism, landscape and Geography. Accounts of travels in Spain during the first half of the 19<sup>th</sup> century.-* The Romantic way of understanding landscape is directly related to the cognitive horizon of modern Geography initially set out by Humboldt and Ritter. In Spain, the accounts of Romantic travellers give rise to a manner of understanding landscape that, to a large extent, both announced and were a preview of the perspectives of modern thinking on the reality of Spanish geography which would later be developed. The aim of this paper is to accurately set out the bases, the defining traits and the geographical scope of the perceptions, assessments and images of the Spanish landscape offered by Romantic travellers in the first half of the 19<sup>th</sup> century.

### *Palabras clave / Mots clé / Key words*

Romanticismo, paisaje, Geografía moderna, relatos de viajes, paisaje español.

Romantisme, paysage, Géographie moderne, récits de voyages, paysage espagnol.

Romanticism, landscape, modern Geography, accounts of travels, Spanish landscape.

**E**XISTE actualmente un cierto acuerdo en reconocer que el campo de la literatura ofrece a menudo imágenes del mundo y de las relaciones del hombre con lo que le rodea que tienen un gran interés geográfico. La afirmación de ese interés, que se manifiesta ya con claridad en la obra de Humboldt (1874-75, II, 371), se ha tra-

ducido, durante los últimos decenios, en un conjunto significativo de estudios que han procurado aclarar las conexiones que cabe establecer entre las imágenes de la naturaleza, de los lugares y de los paisajes procedentes de la literatura y los modos de entendimiento de esas mismas realidades que caracterizan a la Geografía mo-

derna. Buen ejemplo de ello son los trabajos y las iniciativas de autores como Pocock (1981 y 1988) o Mallory y Simpson-Housley (1987). En el ámbito de la Geografía española, también se ha desarrollado, en los últimos años, ese tipo de estudios, con orientaciones y contenidos variados y resultados apreciables (ORTEGA CANTEIRO, 1992).

Dentro del amplio horizonte de las expresiones literarias que pueden interesar a la Geografía, las imágenes procedentes del romanticismo resultan, por diversas razones, especialmente valiosas. Ello se debe, ante todo, a la gran atención que prestó la literatura romántica a las percepciones y vivencias de la naturaleza y del paisaje, ofreciendo puntos de vista que se acercan mucho, por sus intenciones y sus contenidos, al horizonte de la Geografía moderna. Esa marcada inclinación naturalista y paisajista del romanticismo, presente en todas sus manifestaciones literarias y artísticas, aparece con suma claridad en los relatos de viajes, donde la experiencia de la naturaleza y del paisaje constituye a menudo uno de sus ingredientes fundamentales. Como ha advertido López Ontiveros (1991, 17-18), el relato romántico de viajes resulta particularmente interesante, en términos geográficos, por la expresa atención que suele dedicar al paisaje y al lugar específico, que contrasta con los planteamientos de otras narraciones viajeras precedentes, y por las perspectivas, fecundas e influyentes, que aporta respecto de la dialéctica y la búsqueda de complementariedad entre los dos polos que Pocock (1981, 339-341) denominó *early place* y *subsequent place*.

Los relatos de los viajeros extranjeros que recorrieron España durante la primera mitad del siglo XIX constituyen un buen ejemplo de la caracterización y de las cualidades de ese horizonte romántico. Al tiempo que plantean numerosas consideraciones sobre los modos de vida, los tipos humanos, las costumbres y las formas de organización social, en ocasiones bastante condicionadas, como ha señalado Alberich (1987), por ciertas ideas y creencias previas, los viajeros románticos ofrecen también continuas imágenes del paisaje que van encontrando en su recorrido. En este terreno, sus impresiones y sus juicios suelen ser más directos y originales, no están mediatizados por interpretaciones o visiones preconcebidas. A la hora de enfrentarse al paisaje de España, los viajeros románticos no podían apoyarse en estereotipos acuñados con anterioridad. A diferencia de lo que ocurría con los aspectos históricos, sociales o políticos, que contaban con precedentes interpretativos, a menudo literarios, susceptibles de ser utilizados, el paisaje, concebido en términos modernos, era una realidad nueva,

con nuevos valores y significados, que demandaba, para ser debidamente entendido, actitudes y perspectivas igualmente nuevas. Los viajeros llevaron así a cabo un verdadero descubrimiento del paisaje español, en el que se plasmaron con fidelidad las claves del paisajismo romántico. Veamos a continuación cuáles fueron esas claves y cómo se proyectaron concretamente en las imágenes de los paisajes de España contenidas en los relatos románticos de viajes.

\* \* \*

El romanticismo se apoya en una nueva concepción de la naturaleza y del paisaje que supone, al tiempo, una negación de las interpretaciones mecanicistas precedentes, en buena medida inspiradas en los modelos físicos de Newton, y una afirmación de su carácter de verdadero organismo, de ser vivo. La naturaleza y el paisaje se entienden como totalidades vivas y organizadas, como conjuntos de componentes relacionados y vertebrados, como unidades con armonía interna. Además, en el horizonte romántico, la organización de la naturaleza y del paisaje, que expresa el orden del universo, el orden cósmico superior, responde a una finalidad, está dotada de sentido. Apoyándose en la noción de organismo, la perspectiva romántica ofrece así, como ha advertido Besse (1992, 108), la posibilidad de reconciliar el hecho y el sentido, la naturaleza y el espíritu. Para el romántico, la naturaleza y el paisaje son realidades dotadas de sentido, cargadas de significados subyacentes, que es preciso descubrir y valorar adecuadamente.

El romanticismo concedió una importancia extraordinaria al paisaje, tanto en términos literarios y artísticos, como desde el punto de vista intelectual y científico. En el paisaje vio el romanticismo la más acabada expresión, fisonómica y concreta, del orden de la naturaleza y del universo, de las relaciones y correspondencias, a menudo sutiles, que vertebran el mundo. La perspectiva romántica introdujo nuevas formas de mirar y entender el paisaje, nuevos modos de percibirlo y valorarlo. El romanticismo inauguró el sentimiento moderno del paisaje, que atraviesa toda la modernidad y que constituye uno de los pilares más sólidos de sus sucesivas proyecciones paisajistas. Se abrían así perspectivas inéditas respecto del entendimiento del paisaje, muy distintas de las precedentes, que conectaban con el horizonte vital y cultural, igualmente renovado, de la modernidad inaugurada por el romanticismo. Se conformaron y desarrollaron nuevos puntos de vista, que

fueron descubriendo en el paisaje nuevos valores y nuevas cualidades vitales y culturales, y todo ello traduce también la emergencia de nuevos modos de entender las relaciones del hombre con el mundo exterior. Con el romanticismo comienza el hombre a dialogar con el paisaje, y en ese diálogo se hace patente el entramado de preguntas y respuestas, de certidumbres y de dudas, de anhelos e imaginaciones que marcan el ritmo vital y cultural moderno.

El romántico es consciente de que el paisaje es una totalidad ordenada y con sentido, y para captar y comprender las relaciones que fundamentan su entidad unitaria y sus significados, acude a la visión analógica y metafórica. La analogía y la metáfora permiten establecer nexos y correspondencias entre aspectos diferentes, reconciliar, como dice Octavio Paz (1981, 102), sin suprimirlas, las diferencias y las oposiciones, y, en consecuencia, hacer inteligible el paisaje como un todo ordenado, en el que es posible intuir o imaginar el sentido de las relaciones y del orden resultante. Pero el entendimiento romántico del paisaje, apoyado en la visión analógica y metafórica, no sería posible sin acudir simultáneamente a los variados recursos de la subjetividad. El pleno ejercicio de la subjetividad, que significa poner en juego todas las capacidades del sujeto, tanto las de índole racional como las de carácter sentimental e imaginativo, es imprescindible para entender correctamente la caracterización unitaria del paisaje y para adentrarse en el sentido que cabe atribuir a sus relaciones establecidas y al orden conjunto que de ellas resulta.

Otro aspecto importante completa la perspectiva paisajista del romanticismo. Se trata de la convicción de que el hombre y el paisaje no deben entenderse como realidades separadas, sino que, por el contrario, existen nexos y continuidades entre uno y otro. El hombre forma parte del entramado de relaciones que recorren el mundo y, por tanto, se dan continuas correspondencias entre lo exterior y lo interior, entre el universo y la conciencia. La visión analógica y metafórica no sólo descubre relaciones entre las distintas partes del paisaje, sino que permite también establecerlas entre el paisaje y la conciencia del hombre que lo mira. Debido a esa estrecha conexión, el paisaje se interioriza, se convierte en un estado de conciencia, y el romántico, cuando habla del paisaje, habla también de sí mismo. La experiencia paisajista del romanticismo entraña así un alto grado de compenetración entre el hombre y el paisaje. El paisaje no es algo ajeno al hombre, desconectado de sus ideas y sentimientos, sino que, por el contrario, mantiene con él lazos profundos y duraderos.

Se trata de la íntima correspondencia entre «paisaje exterior» y «paisaje interior» de la que habló Victor Hugo (1984, 73). Y esta compenetración con el paisaje alentada por el romanticismo es otra de las claves mayores del paisajismo moderno.

El romanticismo ofrece un nuevo entendimiento del paisaje y de las relaciones del hombre con el paisaje que constituye el punto de partida de todas las perspectivas paisajistas de nuestra modernidad. Ese entendimiento tiene en cuenta y aprecia los significados y el sentido del paisaje, lo que supone como totalidad ordenada, sus cualidades y dimensiones de distinta índole. Valora su interés intelectual y científico, las posibilidades que ofrece a las ideas y al pensamiento, pero también, al tiempo, valora sus componentes éticos y estéticos, aquello que concierne más directamente a la esfera del sentimiento y de la imaginación. El romanticismo propone, en suma, una acabada valoración del paisaje, integradora y de gran aliento, que lo convierte en uno de los focos predilectos de atención de la cultura moderna. Además, el romanticismo advierte la relación entre el hombre y el paisaje, la estrecha conexión que se establece entre ambos, y con ello afirma un principio de solidaridad que formará parte también desde entonces de la cultura paisajista moderna.

Junto a la delimitación de las coordenadas generales del entendimiento del paisaje, el romanticismo introdujo también nuevos gustos y preferencias en ese orden de cosas. La montaña, ignorada, menospreciada o temida con anterioridad, pasa ahora a ser el ámbito predilecto del horizonte romántico. En los lugares montañosos se halla la más acabada expresión de los rasgos naturales y paisajistas que ese horizonte ensalza, al tiempo que en la llanura se ve la antítesis, la negación, de todos ellos. El *Obermann* de Senancour, verdadero manifiesto de la visión romántica de la naturaleza y el paisaje, aporta un buen y temprano ejemplo de tales valoraciones. El autor desprecia la llanura y elogia las múltiples cualidades de la montaña, donde es posible encontrar la verdadera libertad, y elevarse hasta un grado superior de compenetración con la naturaleza y el paisaje. En la montaña, dice Senancour (1930, I, 64), «la Naturaleza entera expresa elocuentemente un orden superior, una armonía más visible, un conjunto eterno». Al elogio de la montaña acompaña el del bosque. El romanticismo gusta también de la vegetación densa y vigorosa. Es el ideal de la selva del Norte el que vital y estéticamente convence al romántico. Senancour (1930, I, 82) declara igualmente su amor hacia «los bosques espesos», donde se manifiesta con fuerza el «poder de la naturaleza» y

es posible lograr «un sentimiento de paz, de libertad, de alegría salvaje».

\* \* \*

Los viajeros que recorrieron España durante la primera mitad del siglo XIX incorporaron fielmente las claves y las preferencias del entendimiento romántico del paisaje. En sus relatos, se muestra con claridad la idea de que el paisaje es una entidad unitaria, la resultante de un conjunto de componentes relacionados entre sí, cuyo entendimiento requiere el concurso de la visión analógica y metafórica y el pleno ejercicio de la subjetividad. Y también aparece con nitidez la convicción de que existen nexos y correspondencias entre el hombre y el paisaje, de que entre ambos existen solidaridades profundas. Respecto de lo primero, los viajeros románticos ofrecen múltiples imágenes del paisaje español en las que se señala la presencia simultánea de sus diversos componentes y el resultado conjunto de sus relaciones. A propósito de los Pirineos aragoneses, por ejemplo, escribe Richard Ford (1983, 57) lo siguiente: «El paisaje es alpino, una mezcla de montañas, precipicios, glaciares y bosques, animados por cataratas o huracanes». Y, hablando del ámbito montañoso de las proximidades de Irún, en el País Vasco, advierte Théophile Gautier (1920, I, 3637) lo que sigue:

«El paisaje era encantador, quizá un poco suizo, y de muy variado aspecto. Crestones de montañas, por cuyos intersticios se divisaban otras cadenas más elevadas, se redondeaban a los lados del camino: sus laderas, abigarradas de cultivos diferentes, con bosques de robles verdes, formaban un vigoroso contraste con las cimas lejanas y esfumadas; los pueblecillos con sus tejas rojas se extendían al pie de las montañas entre macizos de árboles [...]. Torrentes, caprichosos como mujeres, van y vienen formando caprichosas cascadas, se bifurcan vuelven a unirse, a través de rocas y guijarros, de la manera más divertida, y sirven de pretexto a multitud de puentes de lo más pintoresco del mundo. [...] Macizos de árboles y grupos de encinas realzan felizmente las grandes líneas y los tintes vaporosamente severos de las montañas.»

No menos expresiva de la atención prestada por los viajeros a los componentes del paisaje y sus relaciones, a voces cambiantes, resulta la caracterización que ofrece George Borrow (1921, II, 103) del valle leonés de Bemibre:

«Acaso no se encuentre, aun buscándolo por todo el mundo, un lugar cuyas ventajas naturales rivalicen con las de esta llanura o valle de Bemibre, con su barrera de ingentes montañas, con sus copudos castaños, y con los robledales y saucedas que visten los márgenes del río, tributario del Miño. Es verdad que, cuando yo pasé por allí, el lumínar del cielo ardía en todo su esplendor, y las cosas, alumbradas por sus rayos, aparecían brillantes, prósperas y jocundas. No aseguro que aquellos lugares me hubieran producido

igual admiración contemplados a otra luz; pero es indiscutible que siendo tantas sus cualidades no pueden por menos de producir en cualquier tiempo hondo deleite; a la belleza apacible de un paisaje inglés júntase allí un no sé qué de grande y de agreste, y tengo para mí que el hombre nacido en aquellos valles, a no ser muy insaciable y turbulento, no querrá abandonarlos jamás.»

Para los viajeros románticos, el paisaje expresa el orden de la naturaleza, el orden resultante del conjunto de nexos y correspondencias, a menudo sutiles, que unen las diferentes partes de la naturaleza, un orden que es preciso captar y desentrañar para llegar a comprender su sentido y sus significados. En el relato de su viaje por los Pirineos, lo advierte Hugo (1984, 94) con bastante nitidez:

«todas las partes de la naturaleza, incluso las más dispares a primera vista, se relacionan entre sí por multitud de armonías secretas, hilos invisibles de la creación que percibe el contemplador, que hacen del gran todo una red inextricable, viviendo una sola vida, alimentado por una única savia, uno en la diversidad, y que constituyen, por decirlo así, las raíces mismas del ser.»

Además, el viajero romántico es consciente de que esas relaciones y esas armonías no se detienen en el mundo exterior, sino que llegan hasta su propio mundo interior. El paisaje llega a ser así un estado de conciencia: «por la larga contemplación del bello mundo exterior —escribe Ford (1922, II, 178)—, se sorprenden trozos del bello mundo interno». La compenetración entre el paisaje y la propia conciencia, entre el mundo exterior y el interior, que expresa uno de los rasgos más característicos del paisajismo moderno, es continua en los viajeros románticos que recorrieron España. Buena muestra de ello son las sensaciones y vivencias que experimenta Gautier (1920, I, 102-103) cuando atraviesa, por el alto del León, la Sierra de Guadarrama:

«Las montañas se elevaban más y más; apenas habíamos franqueado una se presentaba otra más alta, antes oculta a nuestros ojos; no bastaron las mulas y hubo que recurrir a los bueyes, lo cual nos permitió apearnos del coche y concluir de subir la sierra a pie. Yo estaba embriagado de aquel aire tan vivo y tan puro; me sentía tan ligero, tan alegre, tan lleno de entusiasmo, que daba gritos y saltos como un cabritillo; experimentaba el deseo de tirarme de cabeza en aquellos encantadores precipicios, tan azules, tan vaporosos, tan aterciopelados; hubiera querido hacerme arrollar por todas las cascadas, meter los pies en todos los manantiales, coger una hoja de cada pino, revolcarme en la nieve chispeante, mezclarme con aquella Naturaleza y fundirme como un átomo en aquella inmensidad. Bajo los rayos del Sol, las altas cimas fulgían y chispeaban deslumbradoras como las basquiñas bordadas de lentejuelas de las bailarinas; otras cumbres hallábanse entocadas de nubes y se confundían con el cielo por gradaciones insensibles, pues nada hay que se parezca tanto a una montaña como una nube. Todo eran ondulaciones, escarpaduras, tonos y formas de que no hay arte que pueda dar idea: ni el pincel ni la pluma.»

También incorporan los viajeros románticos la idea de que existen relaciones estrechas y duraderas entre el paisaje y los hombres que lo habitan. Están convencidos de que los grupos humanos y los paisajes son solidarios, de que entre unos y otros se establecen lazos de unión sumamente importantes. La caracterización de los ámbitos castellanos y manchegos expresa al tiempo, según Ford (1982, 199-200), «la condición física» de esas tierras y «las cualidades morales» de quienes las habitan:

«La ausencia general de árboles expone estas amplias y descubiertas llanuras a la rabia y violencia de los elementos; casas de adobe sumamente pobres, esparcidas aquí y allí en la extensión desolada, dan un lamentable refugio a la población, pobre, orgullosa e ignorante».

Y Edgar Quinet (1931, 199) habla también de manera bastante expresiva, ante el paisaje de La Mancha, de esas mismas correspondencias:

«A lo lejos, la tierra se asemeja al campesino español. Desnuda como él, se exhibe al sol en su capa agujereada de cizaña. Es silenciosa como él: ni un canto de pájaro, ni un murmullo de arroyuelos, ni de follaje. Sobria como él, sólo el rocío la fertiliza. Independiente como él, ni hoyos, ni empalizadas: la igualdad está grabada en su faz. Como el campesino no reconoce más que la soberanía de Dios, la tierra no se inclina más que a los pies de las rocas eternas de Sierra Morena».

La visión de los paisajes españoles que proporcionan los viajeros de la primera mitad del siglo XIX se atiende también con claridad a los gustos y preferencias del horizonte romántico. De acuerdo con los cánones alpinos y nórdicos que presiden esos gustos y preferencias, los viajeros románticos muestran, a la hora de dar cuenta de los paisajes naturales españoles, una marcada predilección hacia los ámbitos montañosos y boscosos y una no menos marcada animadversión hacia los ámbitos llanos. Las mejores imágenes ofrecidas por los viajeros, en este orden de cosas, son las que se refieren a los paisajes españoles de montaña, donde a la presencia del roquedo se añade con frecuencia la de la vegetación —como sucede, por ejemplo, en numerosos lugares de los Pirineos, donde, en palabras de Ford (1983, 83), «el paisaje es una espléndida mezcla de roca y bosque»—, y a los paisajes húmedos y boscosos del Norte peninsular, a menudo conectados, de forma más o menos directa, con formas montañosas próximas. Los ámbitos de montaña interesaron especialmente a los viajeros románticos, que desplegaron ante ellos las mejores posibilidades de sus nuevos modos de ver, sentir y pensar el paisaje. Su visión de las montañas españolas, de los Pirineos o de Sierra Morena, de la Sierra de Guadarrama o de Sierra Nevada, por ejemplo, constituye, sin duda, uno de los lo-

gos mayores y más valiosos de su perspectiva paisajista. Aplicando por vez primera los puntos de vista del paisajismo moderno, de cuño romántico, los viajeros supieron descubrir las cualidades y los valores de los paisajes españoles de montaña, y las imágenes que ofrecieron de ellos constituyeron el punto de partida de todo el acercamiento posterior, cultural, naturalista y geográfico, a esos mismos ámbitos.

La gran sensibilidad de los viajeros románticos respecto de los paisajes españoles de montaña, que entendieron como la más acabada y valiosa expresión del orden y de las cualidades naturales, les llevó además a denunciar las situaciones que amenazaban su integridad. Esta visión crítica, que inició también actitudes y opiniones que habrían de prolongarse después, se manifestó con gran claridad a propósito de la deficiente conservación de los bosques españoles, sometidos con frecuencia al castigo de las talas desmedidas. «Los bosques españoles —escribe Ford (1980a, 75)— se talan por todas partes de la manera más imprevisora». En otra ocasión, el mismo Ford (1923, 55) comenta:

«Los bosques también han sufrido enormemente con la negligencia, el despilfarro e imprevisión de los naturales, que arrancan más de lo que necesitan, y nunca repueblan».

Y se refiere también Ford (1983, 82), en términos igualmente elocuentes, a los nefastos efectos de la explotación maderera del Pirineo aragonés: «el daño que se está haciendo a estos nobles bosques es verdaderamente escandaloso». Ford, siempre atento a las agresiones al paisaje, expone además, con buen sentido geográfico, algunas de las consecuencias que la desaparición del arbolado manifiesta en relación con la humedad, la acción erosiva y el funcionamiento fluvial. La ausencia de vegetación arbórea desencadena una serie de efectos naturales que Ford (1982, 204) describe de manera elocuente:

«No hay nada que frene la evaporación, nada que proteja y preserve la humedad. El suelo se va volviendo más y más seco y calcinado, y en algunas partes ha llegado incluso a ser incultivable. Otra seria amenaza, que resulta de la falta de plantaciones, es que las laderas de los montes están expuestas por todas partes a la constante erosión del suelo después de las lluvias intensas, porque no hay nada que impida la bajada del agua, y de aquí las cimas de piedra, desnudas y estériles, de muchas de las sierras, que han sido raspadas y peladas de toda su tierra capaz de producir vegetación: son esqueletos cuya vida se ha extinguido. No solamente se pierde el suelo de esta manera, sino que los detritos, empujados ladera abajo por el agua, forman barras en las bocas de los ríos, o bien rellenan y levantan sus lechos, exponiéndolos de esta manera a salirse de sus cauces y convirtiendo las llanuras contiguas en pantanos pestilentes. El abastecimiento de agua, producto de las lluvias periódicas, y que debiera rellenar los depósitos de los ríos,

desaparece inmediatamente en inundaciones violentas y no en un desagüe suave y gradual».

A diferencia de lo que ocurre con los paisajes de montaña, los de las llanuras apenas interesaron a los viajeros románticos. Los paisajes del interior de España, los amplios ámbitos de las dos mesetas, no disponían de alicientes para el paisajismo romántico. Yendo desde Madrid hacia Toledo, Gautier (1920, I, 197) habla, por ejemplo, de

«un camino detestable, en una llanura inmensa, polvorienta, cubierta de trigos y de cebadas, cuyo amarillo pálido contribuye a la monotonía del paisaje».

Ford (1980b, 328) se refiere a las desagradables sensaciones que experimentan los viajeros al atravesar las llanuras de La Mancha,

«fatigados por perspectivas de miseria inmutable y por una falta total de cualquier cosa de interés, tanto en el hombre como en sus obras, o en la naturaleza de que se ven rodeados».

Y habla también Ford (1983, 87) de «las regiones desnudas de Castilla la Vieja», donde lo mejor que puede hacer el viajero es «salir de nuevo de ellas lo más rápidamente que le sea posible». Los viajeros románticos no se adentraron en el entendimiento del paisaje castellano, que hubo de esperar algunos años, hasta el último tercio del siglo, para lograr, en el horizonte cultural inicialmente promovido por la Institución Libre de Enseñanza, el reconocimiento de sus cualidades y valores.

La nueva perspectiva paisajista de los viajeros románticos no se limitó a considerar los ámbitos de carácter predominantemente natural. También se fijó en los paisajes más humanizados, y, dentro de ellos, prestó bastante atención a los de índole urbana. En este orden de cosas, los viajeros románticos muestran preferencias igualmente claras: apenas les interesan las aglomeraciones modernas, con sus secuelas de uniformidad y monotonía, frecuentes en sus países de origen, y se sienten fuertemente atraídos por las ciudades que todavía mantienen caracterizaciones más originales, sugerentes y pintorescas. Los viajeros románticos prefieren las ciudades españolas de más acusada personalidad, aquellas que, por variadas razones, conservan viva la impronta de su singularidad. El ámbito que, en este sentido, acaparó la mayor parte de la atención de los viajeros fue Andalucía (LÓPEZ ONTIVEROS, 1988 y 1991, ORTEGA CANTERO, 1990). Junto a la habitual consideración de otros núcleos urbanos también atractivos, como Toledo, con su densa historia y su tinte legendario, o Aranjuez, con sus bellos y sugerentes jardines, los viajeros románticos concentraron fundamentalmente sus puntos de vis-

ta sobre el paisaje urbano en las ciudades andaluzas. «Sevilla, Córdoba, Ronda y Granada —escribe Ford (1980b, 17)—, cada una a su manera peculiar, no tienen rival ni en España ni en Europa».

Las imágenes del paisaje urbano contenidas en los relatos de los viajeros románticos aciertan a destacar algunos de sus rasgos más significativos y valiosos. Tales imágenes, apoyadas también en los criterios valorativos del paisajismo moderno inaugurado por el romanticismo, tienen la virtud de llamar la atención sobre los componentes cualitativamente más apreciables de la ciudad, y resaltar su importancia en la conformación y en la habitabilidad del conjunto urbano. Los viajeros románticos prestan atención, por ejemplo, a los trazados urbanos tradicionales, y advierten su alto grado de adecuación respecto de las condiciones climáticas existentes, elogian la función de los patios de las casas, elementos primordiales y sabiamente concebidos para mejorar la calidad de la vida urbana en ámbitos cálidos, e insisten en la importancia que adquieren la vegetación, los jardines y los lugares de paseo en la caracterización de las ciudades y en las vivencias y relaciones de sus habitantes. Todo ello se conjuga en las imágenes del paisaje urbano andaluz que ofrecen los relatos de los viajeros románticos. Y tales imágenes constituyen otra de las aportaciones más originales e interesantes del paisajismo moderno que esos viajeros comienzan a practicar.

\* \* \*

Los relatos de los viajeros que recorrieron España durante la primera mitad del siglo XIX ofrecen, en suma, imágenes del paisaje interesantes y valiosas, porque en ellas se expresan con fidelidad los nuevos modos de percibirlo y valorarlo que caracterizan nuestra modernidad. Constituyen así el primer eslabón, el momento inicial, del descubrimiento moderno del paisaje español. La secuencia de la valoración moderna de la Sierra de Guadarrama es, en ese sentido, un ejemplo elocuente y clarificador (ORTEGA CANTERO, 1998). Las claves del nuevo entendimiento romántico del paisaje en las que se apoyan las imágenes de los viajeros muestran, además, notables coincidencias con las que fundamentan la perspectiva paisajista de la Geografía moderna, que no hacen sino traducir, en este orden de cosas, la significativa proximidad existente entre ambos horizontes. La nueva manera de entender los paisajes españoles que promovieron los viajeros románticos anticipó así en buena medida el modo de acercamiento a esos mismos

paisajes que después auspiciaron los enfoques geográficos modernos. Antes de que comenzaran a arraigar en España, en el último tercio del siglo XIX, los puntos de vista de la Geografía moderna, los viajeros románticos aportaron un modo de entender el paisaje que adelantaba algunos de los rasgos primordiales de esa perspecti-

va geográfica. La visión del paisaje español proporcionada por los viajeros románticos aporta, en fin, un conjunto de claves cuya presencia, en lo esencial, se mantendrá vigente en el entendimiento paisajista posterior, que incorpora plenamente las sugerencias del horizonte geográfico moderno.

Comunicación presentada en el Symposium sobre el tema *Around the World: The circulation of ideas in the history of geographical thought*, organiza-

do por la Comisión de Historia del Pensamiento Geográfico, de la Unión Geográfica Internacional (Lisboa, agosto de 1998).

## BIBLIOGRAFÍA

ALBERICH, J. M. (1987): «Actitudes inglesas ante la Andalucía romántica», en González Troyano, A. y otros: *La imagen de Andalucía en los viajeros románticos y Homenaje a Gerald Brenan*, Málaga, Diputación Provincial de Málaga, 21-44.

BESSE, J.-M. (1992): «Entre modernité et postmodernité: la représentation paysagère de la nature», en Robic, M.-C., Dir.: *Du milieu à l'environnement. Pratiques et représentations du rapport homme/nature depuis la Renaissance*, París, Economica, 89-121.

BORROW, J. (1921): *La Biblia en España. O viajes, aventuras y prisiones de un inglés en su intento de difundir las Escrituras por la Península*. Traducción de M. Azaña, Madrid, Jiménez-Fraud, 3 t.

FORD, R. (1922): *Cosas de España (El país de lo imprevisto)*. Traducción y prólogo de E. de Mesa, Madrid, Jiménez-Fraud, 2 t.

FORD, R. (1980a): *Manual para viajeros por Andalucía y lectores en casa. Reino de Granada*. Traducción de J. Pardo, revisada por B. Fernández. Madrid, Turner.

FORD, R. (1980b): *Manual para viajeros por Andalucía y lectores en casa. Reino de Sevilla*. Traducción de J. Pardo, revisada por B. Fernández. Madrid, Turner.

FORD, R. (1982): *Manual para viajeros por España y lectores en casa. Observaciones generales*. Traducción de J. Pardo, revisada por B. Fernández. Madrid, Turner.

FORD, R. (1983): *Manual para viajeros por el Reino de Aragón y lectores en casa*. Traducción de J. Pardo, revisada por B. Fernández. Madrid, Turner.

GAUTIER, T. (1920): *Viaje por España*. Traducción de E. de Mesa, Madrid, Calpe, 2 t.

HUGO, V. (1984): *Les Pyrénées*. Presentación de D. Lamarque. París, La Découverte.

HUMBOLDT, A. de (1874-75): *Cosmos. Ensayo de una descripción física del mundo*. Traducción de B. Giner y J. de Fuentes, Madrid, Imprenta de Gaspar y Roig, 4 t.

LÓPEZ ONTIVEROS, A. (1988): «El paisaje de Andalucía a través de los viajeros románticos: creación y pervivencia del mito andaluz desde una perspectiva geográfica», en Gómez Mendoza, J. y otros: *Viajeros y paisajes*, Madrid, Alianza, 31-65.

LÓPEZ ONTIVEROS, A. (1991): *La imagen geográfica de Córdoba y su provincia en la literatura viajera de los siglos XVIII y XIX*. Córdoba, Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba.

MALLORY, W. E. y SIMPSON-HOUSLEY, P., Eds. (1987): *Geography and literature. A meeting of the disciplines*, Syracuse, New York, Syracuse University Press.

ORTEGA CANTERO, N. (1990): «El paisaje de España en los viajeros románticos» *Ería. Revista de Geografía*, 22, 121-137.

ORTEGA CANTERO, N. (1992): «Geografía y literatura», en *La Geografía en España (1970-1990)*. Aportación española al XXVII Congreso de la Unión Geográfica Internacional (Washington, 1992), Madrid, Real Sociedad Geográfica, Asociación de Geógrafos Españoles y Fundación BBV, 307-311.

ORTEGA CANTERO, N. (1998): «El descubrimiento cultural de la Sierra de Guadarrama», en *Madrid y la Sierra de Guadarrama*, Madrid, Museo Municipal de Madrid, 81-113.

PAZ, O. (1981): *Los hijos del limo. Del romanticismo a la vanguardia*, Barcelona, etc, Seix-Barral, 3a ed. corregida y ampliada.

POCOCK, D. C. D. (1981): «Place and the novelist», *Transactions. Institute of British Geographers. New Series*, 6 (3), 337-347.

POCOCK, D. C. D. (1988): «Geography and literature», *Progress in Human Geography*, 12 (1), 87-102.

QUINET, E. (1931): *Mis vacaciones en España*. Traducción de M. Núñez de Arenas, Madrid, La Nave.

SENA NCOUR (1930): *Obermann*. Traducción de R. Baeza, Madrid, Espasa-Calpe, 3 t.